

DOCUMENTO

SOBRE EL IMPERIALISMO*

Joseph A. Schumpeter**

¿Cuáles son las relaciones entre el capitalismo y el imperialismo? ¿Hasta qué punto, como lo creía Marx, el imperialismo es una instancia inevitable del sistema capitalista? ¿Por qué de hecho la historia presenta el caso de naciones objetivamente capitalistas asociadas a empresas imperialistas? Schumpeter rechaza terminantemente la interpretación que explica el fenómeno del imperialismo a partir de la lógica del régimen capitalista y sus planteamientos permiten trazar una clara frontera entre estas dos realidades históricas, especialmente válida para los casos en que sus contornos se han superpuesto en diferentes épocas y lugares. En definitiva, a juicio del autor, las relaciones entre capitalismo e imperialismo no son mucho más profundas que las existentes entre ese sistema económico y los fenómenos del nacionalismo y el militarismo.

Nuestro problema surge del hecho que las actitudes agresivas de los Estados —o de estructuras organizacionales tan antiguas como las que pueda registrar la historia— pueden ser explicadas, directa y claramente, sólo en parte por los intereses reales y concretos de los pueblos. Algunos ejemplos servirán para ilustrar mejor lo que quere-

* Este ensayo corresponde a fragmentos de la obra *Imperialism and Social Classes*, escrita por el autor entre 1919 y 1927. La traducción sigue la versión norteamericana de ese texto, editada en 1951. Se publica con la debida autorización.

** Joseph A. Schumpeter (1883-1950) nació en Moravia y se educó en Viena. Aunque se formó en diversas disciplinas, sus principales contribuciones las realizó en el campo de la economía, desde diversas universidades y países. De 1932 hasta su muerte tuvo a su cargo una cátedra de economía en Harvard y fue miembro fundador de la Economic Society. Entre sus obras destacan: *The Theory of Economic Development: An Inquiry into Profits, Capital, Credit, Interest and the Business Cycle* (1912); *Economic Doctrine and Method; an Historical Sketch* (1914); *Business Cycles: A Theoretical Historical and Statistical Analysis of the Capitalist Process* (1939); *Capitalism, Socialism and Democracy* (1942); *History of Economic Analysis* (1954).

mos decir. Cuando dos tribus entran en conflicto por depósitos de sal o terrenos de caza, esenciales, o cuando un Estado, cercado totalmente por barreras aduaneras y de comunicación recurre a la agresión para lograr acceso al mar, tenemos un caso en el que la agresión resulta explicada por los intereses. Es verdad que hay muchas dificultades metodológicas para referirse a los intereses de un pueblo como tal. Aquí, sin embargo, la referencia a intereses concretos explica todo lo que parecería requerir una explicación. Un interés concreto no tiene necesariamente que ser de naturaleza económica. Cuando un Estado recurre a la agresión para unir políticamente a sus ciudadanos, como fue el caso de Piedmont en 1848 y 1859, también indica un interés real y concreto que explica su conducta. Asimismo, no es necesario que el interés se extienda a toda la población del Estado. Cuando una aristocracia de hacendados induce a su gobierno a apoderarse de alguna base extranjera de operaciones para el comercio de esclavos, también se explica por un interés real y concreto. El interés que en realidad explica un acto bélico no necesita ser, en último término, admitido abiertamente —o del tipo que puede ser admitido abiertamente—, un interés reconocido. Casos de este tipo, sin embargo, caben dentro de esta clasificación, si los intereses concretos de una clase suficientemente poderosa son susceptibles de consideración científica. Existen, asimismo, ciertos casos que no corresponden a este esquema, tales como el de un grupo de personas que se presionan para que se emita una declaración de guerra, porque obtendrían beneficios financieros, o porque necesitan la guerra como distracción de las dificultades políticas internas. Aquí no existe un interés concreto, en el sentido que se aplica a los casos antes mencionados. Es verdad que debe existir algún interés concreto. Debe existir una razón para la declaración de guerra. Pero aquella razón no es la causa. La verdadera causa por supuesto también debe residir en un interés. Pero tal interés no es uno de los objetivos concretos de la guerra. No se trata de las ventajas ofrecidas por el logro de aquellos objetivos, sino que de un interés particular en la guerra. Entonces la pregunta que surge es ¿cómo llegó el pueblo a adquirir esa disposición bélica y por qué eligió esta ocasión particular para la guerra? En este caso, la mera referencia al interés concreto es satisfactoria sólo bajo tres condiciones: en primer lugar, un interés concreto de este tipo debe estar presente, en el sentido que antes hemos especificado; un interés en que el observador pueda percibir como tal, tomando por supuesto en cuenta la estructura social, la mentalidad y la situación de la gente en cuestión. En segundo lugar, la conducta del Estado en estudio debe tener por objeto promover este interés, con la totalidad de posibles riesgos y sacrificios en alguna proporción a los beneficios previstos. En tercer lugar, debe ser posible demostrar que este interés, reconocido o no, es realmente la fuerza política impulsora que hay detrás de la acción.

En un caso particular, con frecuencia puede resultar difícil determinar la existencia de estas condiciones. La trama de los inte-

reses sociales está tan íntimamente entrelazada que casi nunca puede haber una acción del Estado que no corresponda a los intereses concretos de alguna persona, interés al cual pueda reducirse dicha acción sin una evidente irracionalidad. A esto debe agregarse la creencia, muy difundida especialmente en la época actual, en el sentido que el interés concreto del pueblo determina el comportamiento del Estado y que deben esperarse ventajas concretas para todas las clases. En general, así se justifican las políticas gubernamentales, y sin duda, con frecuencia de buena fe. Finalmente, las falacias actuales, especialmente de carácter económico, pueden servir para crear la apariencia de un adecuado interés concreto en la mente del pueblo y ocasionalmente incluso en la mente del observador científico, especialmente el historiador. En tales casos, los verdaderos antecedentes son revelados sólo por una investigación de la forma cómo el pueblo llegó a esa creencia. Pero el caso individual no nos preocupa. Nos interesa sólo el hecho, más allá de toda duda, que las tres condiciones antes mencionadas frecuentemente no se cumplen y que cada vez que sucede esto surge un problema. Y entre este tipo de problemas se encuentra el del imperialismo.

Nadie habla de imperialismo cuando un Estado persigue sus propios intereses concretos, sin importar cuán brutal y enérgicamente lo haga; ni cuándo se puede esperar que dicho Estado deponga su actitud agresiva tan pronto haya logrado su objetivo.

La palabra "imperialismo" ha sido usada abusivamente como slogan hasta el punto en que amenaza con perder todo significado, pero hasta ahora nuestra definición está plenamente de acuerdo con el uso común, incluso el uso que le da la prensa. Puesto que en toda ocasión en que se usa el término imperialismo está implícita —sinceramente o no— una agresividad, cuyas verdaderas razones no residen en los objetivos transitorios; una agresividad sólo encendida nuevamente por cada éxito; una agresividad por sí misma, reflejada en términos tales como "hegemonía", "dominio mundial", etc. Y ciertamente la historia nos muestra naciones y clases —la mayoría de las naciones proporcionan un ejemplo en alguna época— que buscan la expansión por la expansión, la guerra por la guerra, la victoria por el hecho de ganar, el dominio por el hecho de gobernar. Esta determinación no puede ser explicada por ninguno de los pretextos que la ponen en acción, por ninguno de los objetivos por los cuales parece estar luchando en el momento. Se nos presenta independientemente de toda ocasión o propósito concreto, como una disposición perdurable que aprovecha cada oportunidad con iguales ansias. Sobresale entre todos los argumentos expuestos en favor de los objetivos del momento. Valoriza la conquista no tanto por las ventajas inmediatas —ventajas que en la mayoría de los casos son más que dudosas, o que son desaprovechadas con la misma frecuencia— sino porque es conquista, éxito, acción. Aquí falla nuestra teoría del interés concreto. Queda por explicar cómo llegó a existir el afán por el triunfo mismo.

La expansión por la expansión siempre requiere, entre otras cosas, de objetivos concretos para llegar a la etapa de acción y mantenerse, pero esto no constituye su significado. Dicha expansión es en un sentido su propio "objetivo", y la verdad es que no tiene un objetivo adecuado más allá de sí misma. Entonces, a falta de un mejor término, llamémosla "sin objetivo". Por esta misma razón, se deduce que igual como una expansión de este tipo no puede ser explicada por ningún interés concreto, tampoco se satisface con el logro de un interés concreto, como sería el caso si este logro fuera el móvil, y la lucha para alcanzarlo simplemente un mal necesario, un contraargumento, en realidad. De ahí la tendencia de tal expansión a traspasar todos los límites y restricciones tangibles, hasta el punto de un completo agotamiento. Entonces ésta es nuestra definición: el imperialismo es la disposición sin objetivo por parte de un Estado hacia una expansión sin límites, haciendo uso de la fuerza.

Para terminar con los factores económicos, podemos dar ahora, en el último análisis, una explicación económica de este fenómeno. En relación a esto, se presentan dos puntos diferentes: primero, se puede hacer un intento, siguiendo la idea básica de la interpretación económica de la historia, por derivar las tendencias imperialistas de las influencias económico-estructurales que conforman la vida en general, y de las relaciones de producción. Me gustaría destacar que estoy seguro de que este poderoso instrumento de análisis servirá aquí —igual que lo ha hecho con otros fenómenos similares— siempre y cuando se tenga presente que las modalidades de pensamiento y costumbres políticas en una época dada no pueden ser nunca meros "reflejos", o contrapartes de la situación de producción de dicha época. Debido a la persistencia de tales hábitos, éstos serán siempre dominados en considerable medida por el contexto productivo de épocas anteriores. Nuevamente, podemos intentar reducir los fenómenos imperialistas a los intereses económicos de una clase de la época en cuestión. Esto es precisamente lo que hace la teoría neomarxista. En pocas palabras, considera el imperialismo simplemente el reflejo de los intereses del estrato capitalista superior, en una etapa dada del desarrollo capitalista. Sin duda, esto es lejos la contribución más seria hacia una solución de nuestro problema. Ciertamente, hay mucho de verdad en ello. Trataremos esta teoría más adelante. Pero preciso destacar aquí incluso que ésta no se desprende, por necesidad lógica, de la interpretación económica de la historia. Se le puede descartar sin entrar en conflicto con dicha interpretación; en realidad, sin ni siquiera apartarse de sus premisas. Es el tratamiento de este factor lo que constituye la contribución de la presente investigación a la sociología del *Zeitgeist*. Nuestro análisis de la evidencia histórica ha demostrado, en primer lugar, el hecho incuestionable de que las tendencias "sin objetivo" hacia la expansión por la fuerza, sin límites definidos y utilitarios —es decir, inclinaciones no racionales e irracionales, puramente instintivas hacia la guerra y la conquista— desempeñan un papel muy impor-

tante en la historia de la humanidad. Puede que suene paradójico, pero innumerables guerras —quizá la mayoría de ellas— han sido libradas sin una "razón" adecuada, no tanto desde el punto de vista moral como desde el punto de vista del interés razonado y razonable. Los mayores esfuerzos de las naciones, para decirlo de otra manera, se han desvanecido en la nada.¹

Nuestro análisis, en segundo lugar, proporciona una explicación para este impulso hacia la acción, esta voluntad de ir a la guerra —una teoría que de ninguna manera queda agotada por las meras referencias a un "impulso" o un "instinto". La explicación reside, en cambio, en las necesidades vitales de situaciones que transformaron a pueblos y clases en guerreros— para evitar la extinción en que las disposiciones psicológicas y las estructuras sociales adquiridas en el oscuro pasado en tales situaciones, una vez establecidas firmemente, tienden a mantenerse y a seguir en vigencia mucho después que han perdido su significado y su función de preservar la vida. Nuestro análisis, en tercer lugar, ha demostrado la existencia de factores secundarios que facilitan la supervivencia de tales disposiciones y estructuras, factores que pueden dividirse en dos grupos. La orientación hacia la guerra es fomentada principalmente por los intereses internos de las clases gobernantes, pero también por la influencia de todos aquellos que pueden verse beneficiados individualmente ya sea económica o socialmente, con una política de guerra. Ambos grupos de factores generalmente se ven revestidos con elementos de un carácter totalmente diferente, no sólo en términos de fraseología política, sino también en términos de motivación psicológica. Los imperialismos poseen gran diferencia en los detalles, pero todos tienen al menos estos rasgos en común, transformándolos en un solo fenómeno en el campo de la sociología.

Así, entonces, el imperialismo es atávico por naturaleza. Está incluido en ese gran grupo de características sobrevivientes de las etapas anteriores que desempeñan un papel tan importante en cada situación social concreta. En otras palabras, es un elemento que proviene de las condiciones de vida, no del presente, sino del pasado —o para decirlo con las palabras de la interpretación económica de la historia— de relaciones de producción del pasado y no del presente.² Es un atavismo en la estructura social, en los hábitos psicológicos

- 1 Esto no tiene por objeto predisponer en cuanto a si tales esfuerzos, en último término, lograron o no ganancias culturales objetivas, tema que cae fuera de nuestro campo de estudio. Personalmente, adopto una posición predominantemente negativa respecto de su significado. Pero mis argumentos en estos términos están nuevamente fuera de este estudio.
- 2 El imperialismo es uno de muchos ejemplos de la importante realidad, a que nos hemos referido en la primera parte, en el sentido de que la aplicación de la interpretación económica de la historia no ofrece ninguna expectativa de reducir la información cultural de un período dado a las relaciones de producción del mismo período. Esto siempre sirve para

individuales, de reacción emocional. Como las necesidades vitales que lo crearon han terminado para siempre, éste debe también desaparecer gradualmente, aun cuando toda acción bélica, sin importar lo no imperialista que sea, tiende a revivirlo. Tiende a desaparecer como elemento estructural porque la estructura que lo puso en primer plano va en declinación, dando paso, en el curso del desarrollo social, a otras estructuras que no tienen cabida para él y que eliminan los factores de poder que lo apoyaron. Tiende a desaparecer como un elemento de reacción emocional habitual, debido a la racionalización progresiva de la vida y de la mente, un proceso en el que las antiguas necesidades funcionales resultan absorbidas por nuevas tareas, en el que hasta las energías militares son modificadas funcionalmente. Si nuestra teoría es correcta, los casos de imperialismo deberían declinar en intensidad mientras más tarde se presenten en la historia de un pueblo y de una cultura. Nuestros ejemplos más recientes de un imperialismo evidente y preciso son las monarquías absolutas del siglo XVIII, las que sin duda son "más civilizadas" que sus predecesoras.

Es de la autocracia absoluta que la época actual ha tomado las tendencias imperialistas que presenta. Y el imperialismo de la autocracia absoluta floreció antes de la revolución industrial que creó el mundo moderno, o más bien, antes que empezaran a observarse las consecuencias de aquella revolución en todos sus aspectos. Estas dos afirmaciones se hacen básicamente en un sentido histórico y como tales resultan evidentes. Sin embargo, trataremos dentro del marco de nuestra teoría, de definir la importancia del capitalismo para nuestro fenómeno y de examinar la relación entre las tendencias imperialistas actuales y el imperialismo autocrático del siglo XVIII.

La marejada que rompió los diques en la Revolución Industrial tuvo su origen, por supuesto, en la Edad Media. Pero el capitalismo empezó a conformar la sociedad y a estampar su sello en cada página de la historia social sólo a partir de la segunda mitad del siglo XVIII. Antes de aquella época, habían existido sólo islotes de economía capitalista en un océano de economía aldeana y urbana. Es

corroborar las objeciones al enfoque económico básico, especialmente, puesto que una de las consecuencias de la realidad citada es que las relaciones de producción en un período dado pueden reducirse con frecuencia a tendencias económicas existentes que son independientes de aquellas relaciones. Por ejemplo, el orden político y constitucional de los normandos en el sur de Italia no puede ser explicado por las relaciones de producción existentes en aquel país. La misma economía de los normandos en el sur de Italia se hace comprensible sólo en relación a su capacidad y expectativas. Pero esto, en realidad, no refuta la interpretación económica, pues la mentalidad de los normandos no era algo que existiera fuera de la esfera económica, Sus fuentes se encuentran en el ambiente económico del que provenían los normandos cuando llegaron al sur de Italia.

cierto que algunas influencias políticas emanaban desde estos islotes, pero éstas pudieron imponerse sólo indirectamente. No fue sino hasta el proceso que llamamos revolución industrial que las masas trabajadoras, guiadas por el empresario, superaron las ataduras de las formas anteriores de vida: el ambiente del campesinado, del gremio y de la aristocracia. La relación causal fue la siguiente: una transformación de los factores económicos básicos (aspecto que no necesita detenernos) creó la oportunidad objetiva de la producción de bienes para la industria en gran escala, trabajando para un mercado de clientes cuyas identidades individuales eran desconocidas y operando exclusivamente con vistas a una ganancia financiera máxima. Fue esta oportunidad la que creó un liderazgo de orientación económica a personalidades cuyo campo de realización era la organización de dicha producción de bienes en la forma de empresas capitalistas. En muchos casos las empresas exitosas representaron algo nuevo en el sentido económico y social. Lucharon por obtener libertad de acción y la ganaron. Obligaron a la política estatal a adaptarse a sus necesidades. Atraieron con más frecuencia a los líderes más enérgicos de otros campos, así como también a los trabajadores de dichos campos, haciendo que tanto ellos como los estratos sociales que representaban, languidescieran. Los empresarios capitalistas lucharon contra los antiguos círculos dominantes para participar en el control del Estado, para obtener el liderazgo del Estado. El hecho mismo de su éxito, su posición, sus recursos y su poder, los hizo subir en la escala política y social. Su forma de vida y su temperamento llegaron a ser elementos cada vez más importantes en la escena social. Sus acciones, deseos, necesidades y creencias emergieron cada vez más nítidamente dentro del cuadro total de la comunidad social. En un sentido histórico, esto se aplicaba básicamente a los líderes industriales y financieros del movimiento —la burguesía. Pero pronto también vino a aplicarse a las masas trabajadoras que este movimiento creó y colocó en una situación de clase totalmente nueva. Esta situación estaba regida por nuevas formas del día laboral, de vida familiar, de intereses— los que, a su vez, correspondían a nuevas orientaciones respecto de la estructura social como un todo. Cada vez más, en el transcurso del siglo XIX, el trabajador moderno típico llegó a determinar el aspecto general de la sociedad; pues el capitalismo competitivo, por su lógica inherente, siguió aumentando la demanda de mano de obra y de igual forma el nivel económico y el poder social de los trabajadores,³ hasta que esta clase también fue capaz de imponerse en un sentido político. La clase trabajadora y su forma de vida proporcionaron el prototipo a partir del cual evolucionó el intelectual. El

3 Aquí existe un conflicto (no abordado en el presente estudio) con el marxismo, básicamente con las teorías de la creciente miseria y del ejército de reserva, pero indirectamente también con el concepto básico de todo el proceso de producción y acumulación capitalistas.

capitalismo no creó a los intelectuales, la "nueva clase media". Pero antiguamente sólo el jurista, el clérigo y el médico habían constituido una clase intelectual especial, e incluso habían disfrutado de muy poco espacio para desempeñar un papel independiente. Estas oportunidades las proporcionó sólo la sociedad capitalista, que creó al burócrata financiero e industrial, al periodista, etc., y que abrió nuevas perspectivas al jurista y al médico. El "profesional" de la sociedad capitalista surgió como un prototipo de clase. Finalmente, como prototipo de clase el rentista, el beneficiario de un capital para préstamo industrial, también resulta ser una criatura del capitalismo. Todos estos prototipos son conformados por el modo capitalista de producción y tienden, por esta razón, a hacer que otros prototipos —incluso el campesino— se conformen a ellos mismos.

Estos nuevos prototipos se encontraban ahora a la deriva, fuera del orden fijo de la antigüedad, del ambiente que durante siglos había constreñido y protegido a la gente, de las antiguas asociaciones, de aldea, casa señorial y de clan, con frecuencia incluso de las familias en el sentido más amplio. Fueron separados de las cosas que habían sido constantes año tras año, desde la cuna hasta la sepultura, las herramientas, los hogares, el campo, especialmente el suelo.

Estaban solas, atrapadas en la lógica despiadada de un empleo remunerado, simples gotas en el vasto océano de la vida industrial, expuestas a las presiones inexorables de la competencia. Fueron liberados del control de los antiguos patrones de pensamiento, del dominio de las instituciones y organizaciones que enseñaban y representaban estos puntos de vista en la aldea, en el feudo y en el gremio. Fueron sacados del antiguo mundo, y comprometidos con la construcción de un mundo nuevo para sí mismos, un mundo especializado y mecanizado. De esta manera, todos fueron inevitablemente democratizados, individualizados y racionalizados.⁴ Fueron democratizados, porque la situación de poder y privilegio tradicional dio paso a una de cambio continuo, puesta en marcha por la vida industrial. Resultaron individualizados porque las oportunidades subjetivas que conformaban sus vidas tomaron el lugar de los factores objetivos inmutables. Fueron racionalizados porque la inestabilidad de la posición económica hizo que su supervivencia dependiera de continuas decisiones deliberadamente racionalistas, una dependencia que surgió con gran nitidez. Preparadas para un racionalismo económico, estas personas no dejaron ninguna esfera de la vida sin racionalizar, cuestionando todo respecto de sí mismas, a la estructura social, al Estado y a la clase gobernante. Las características de este proceso están grabadas en cada uno de los aspectos de la cultura

4 Con relación a esto, consúltese especialmente a Lederes, *Zum sozialpsychischen Habitus der Gegenwart*, *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, Vol. 44.

moderna. Es este proceso el que explica los rasgos básicos de dicha cultura.

Actualmente, estas son cosas muy sabidas, reconocidas en su significado pleno y, en realidad con frecuencia, exageradas. Su relación con nuestro tema es evidente. Todo lo que es puramente instintivo, todo en la medida en que es puramente instintivo, es llevado a segundo plano por este cambio.

Este crea una atmósfera social y psicológica conforme con las formas económicas modernas, donde los hábitos tradicionales, sólo por ser tradicionales, no pudieron sobrevivir más que las formas económicas obsoletas. De la misma forma como estas últimas pueden sobrevivir sólo si se "adaptan" continuamente, las tendencias instintivas pueden sobrevivir sólo cuando las condiciones que les dieron origen siguen vigentes o cuando el instinto en cuestión deriva un propósito nuevo a partir de condiciones nuevas. El instinto que es sólo 'instinto', que ha perdido su propósito, se debilita relativamente rápido en el mundo capitalista, tal como ocurre con una práctica económica ineficiente. Vemos este proceso de racionalización en funcionamiento incluso en el caso de los impulsos más fuertes. Lo observamos, por ejemplo, en los hechos de la procreación. Debemos entonces prever que lo encontraremos en el caso del impulso imperialista. Cabe esperar que este impulso, que descansa en las contingencias primitivas del combate físico, gradualmente desaparezca arrastrado por las nuevas exigencias de la vida diaria. Existe también otro factor. El sistema competitivo absorbe las energías plenas de la mayoría de la gente a todo nivel económico. La constante aplicación, atención y concentración de energía son las condiciones de supervivencia dentro de él, básicamente en las profesiones específicamente económicas, pero también en otras actividades organizadas según el modelo. Existe mucho menos energía sobrante que descargar en guerras y conquistas que en cualquier sociedad precapitalista. Cualquier exceso de energía que exista fluye principalmente hacia la misma industria, esto cuenta para sus figuras principales —el prototipo del magnate— y para el resto se aplica al arte, a la ciencia y a la lucha social. En un mundo puramente capitalista, lo que una vez fuera energía para la guerra se convierte en energía para todo tipo de trabajo. Las guerras de conquista y el aventurismo en política exterior están destinados, por lo general, a ser considerados como distracciones inoportunas, destructoras del significado de la vida, una desviación de la tarea acostumbrada y por lo tanto "verdadera".

Así, un mundo puramente capitalista no puede ofrecer suelo fértil a los impulsos imperialistas, lo cual no significa que no pueda mantener un interés en la expansión imperialista. Analizaremos esto inmediatamente. El punto es que su gente puede tener una disposición especialmente pacífica. Por esto, cabe esperarse que se presentarán tendencias antimperialistas —dondequiera que el capitalismo penetre la economía y, a través de ésta, la mentalidad de las nacio-

nes modernas— con mayor fuerza, por supuesto, donde el capitalismo mismo es más fuerte, donde ha avanzado más, donde ha encontrado la menor resistencia y donde sus prototipos y por lo tanto la democracia —en el sentido "burgués"—, se acercan más al dominio político. Puede además esperarse que los prototipos formados por el capitalismo serán realmente los portadores de estas tendencias. ¿Ocurre esto? Los hechos citados a continuación tienen por objeto demostrar que esta expectativa, que se desprende de nuestra teoría, es en realidad justificada.

1 En todo el mundo capitalista, y específicamente entre los elementos formados por el capitalismo en la vida social moderna, ha surgido una importante oposición a la guerra, a la expansión, a la diplomacia de gabinete, a los armamentos y a los ejércitos profesionales atrincherados socialmente. Esta oposición tuvo origen en el primer país capitalista —Inglaterra— y surgió al mismo tiempo que el desarrollo capitalista de ese país. El "radicalismo filosófico" fue el primer movimiento intelectual políticamente influyente que representó con éxito esta tendencia, vinculándola, como era de esperar, con la libertad económica en general y con el libre comercio en particular. Molesworth llegó a ser miembro del gabinete, aunque había declarado públicamente —con ocasión de la revolución canadiense— que rogaba por la derrota de los ejércitos de su país. Junto con el avance del capitalismo,⁵ el movimiento también ganó adhe-

- 5 Naturalmente, este paralelismo no puede trazarse en cada caso individual. Los países y las ideas difieren demasiado para hacerlo. Por ejemplo, Kant ciertamente no tuvo un medio ambiente capitalista marcado, pero las influencias inglesas efectivamente tuvieron gran importancia en él. Su caso, incidentalmente, ofrece la oportunidad de señalar que pretendemos que nuestras afirmaciones se apliquen a todos los prototipos formados por el capitalismo, no única ni principalmente a las clases capitalistas en el sentido de clases acaudaladas, en otras palabras, la clase capitalista. Un malentendido en este sentido sería lamentable. Debería destacarse además que el utilitarismo no fue una filosofía de los capitalistas por origen ni tampoco por tendencia social, aunque sí fue una filosofía capitalista en el sentido de que fue posible sólo en un mundo capitalista. En realidad, la "clase capitalista" en Inglaterra rechazó predominante y claramente al utilitarismo desde sus primeras etapas hasta su culminación en el joven Mill, cosa que también hicieron los grandes terratenientes. Comúnmente, se ignora este hecho porque el utilitarismo concuerda muy bien con la práctica burguesa. Pero ocurre así solamente cuando su distorsionada proyección periodística es confundida con su verdadera naturaleza, sólo cuando se le toma en su significado literal. En realidad, muestra una clara semejanza con el socialismo en su enfoque filosófico, su orientación social, y en muchas de sus exigencias prácticas. Es el producto del desarrollo capitalista, pero de ninguna manera de los intereses capitalistas. Por ejemplo, se puede demostrar que el pacifismo se deriva de él, aunque no exclusivamente. Las tendencias pacifistas de la actualidad tienen sus raíces en gran medida

rentes en otras partes, aunque al principio sólo adherentes sin influencia. Encontró apoyo en París, en realidad en un círculo orientado hacia la empresa capitalista (por ejemplo, Frédéric Passy). Ciertamente, el pacifismo como asunto de principio había existido antes, aunque sólo entre unas pocas sectas religiosas pequeñas. Pero el pacifismo moderno, en sus fundamentos políticos, si no en sus derivaciones, es sin duda un fenómeno del mundo capitalista.

2 En todo lugar en que se desarrolló el capitalismo, surgieron partidos pacifistas de tal fuerza que prácticamente cada guerra significó una lucha política en la escena nacional. Son pocas las excepciones: Alemania en la guerra franco-prusiana de 1870-1871, ambas partes beligerantes en la guerra ruso-turca de 1877-1878. Es por esto que todas las guerras son presentadas cuidadosamente como guerras defensivas por los gobiernos involucrados y por todos los partidos políticos en sus declaraciones oficiales reconociendo que una guerra de otra naturaleza no podría justificarse políticamente. (Aquí también la guerra ruso-turca constituye una excepción, pero una excepción significativa.) Antiguamente, esto no habría sido necesario. La referencia a un interés o el pretexto de una justificación moral era algo acostumbrado ya en el siglo XVIII, pero sólo en el siglo XIX la afirmación de un ataque, o la amenaza de un ataque, se transformó en la única ocasión admitida para la guerra. Antiguamente, el imperialismo no había necesitado ningún tipo de disfraz y en las autocracias absolutas sólo un disfraz muy transparente; pero en la actualidad el imperialismo se encuentra cuidadosamente oculto de la vista del público, aunque aun pueda haber un llamado no oficial a los instintos bélicos. Hoy día, ningún pueblo ni clase gobernante puede permitirse considerar abiertamente la guerra como un estado normal de las cosas o un elemento normal en la vida de las naciones. Nadie duda de que en la actualidad debe representársele como una situación de anormalidad y un desastre. Es cierto que aún se glorifica la guerra. Pero una glorificación al estilo del rey Tuglatalisharra es poco común y desata tal tormenta de indignación que todo político práctico se abstiene cuidadosamente de tales cosas. En todas partes existe un reconocimiento oficial de que la paz es un fin en sí mismo, aunque no necesariamente un fin que opaca todos los objetivos que se pueden alcanzar con la guerra. Todo impulso expansionista debe relacionarse cuidadosamente con una meta concreta. Sin duda, esto es principalmente un asunto de fraseología política. Pero la necesidad de esta fraseología es un síntoma de la actitud popular. Y esta actitud hace que la política del imperialismo resulte

en otras partes, notablemente en el pensamiento cristiano, el que naturalmente precedió a la era capitalista, aunque pudo hacerse efectivo en este sentido sólo en el mundo capitalista. Desgraciadamente, no podemos plantear aquí estas cosas en forma detallada y proteger así nuestro punto de vista del peligro de ser mal interpretado.

cada vez más difícil; en realidad, la misma palabra imperialismo se aplica exclusivamente al enemigo, en un sentido acusador y es evitada cuidadosamente en referencia a las políticas propias del orador.

3 El prototipo del trabajador industrial creado por el capitalismo es siempre enérgicamente antimperialista. En el caso individual, una propaganda hábil puede persuadir a las masas trabajadoras para que den su aprobación o permanezcan neutrales, una meta o un interés concretos en la defensa propia. Siempre desempeña el papel principal, pero de este sector no emana nunca una iniciativa para una política de expansión por la fuerza. Sobre este punto el socialismo oficial formula sin duda no sólo los intereses, sino que también la voluntad consciente de los trabajadores. Menos aun que el imperialismo campesino existe algo semejante a un imperialismo socialista u otro imperialismo de la clase trabajadora.

4 A pesar de una resistencia manifiesta de parte de elementos poderosos, la era capitalista ha visto el desarrollo de métodos para impedir la guerra, para el arreglo pacífico de las disputas entre los Estados. El hecho mismo de la resistencia significa que esta tendencia puede explicarse sólo a partir de la mentalidad del capitalismo como una forma de vida. Este, definitivamente limita las oportunidades que necesita el imperialismo para ser una fuerza poderosa. Es cierto que los métodos en cuestión a menudo fracasan, pero tienen éxito incluso con mayor frecuencia. Estoy pensando no sólo en la Corte de Arbitraje de La Haya, sino que en la práctica de someter los asuntos conflictivos a conferencias de las grandes potencias o por lo menos de aquellas potencias directamente relacionadas, una línea de acción que se ha vuelto cada vez más inevitable. Es verdad, aquí también que el caso individual puede transformarse en una farsa. Pero los graves contratiempos de la actualidad no nos deben engeuecer respecto de la verdadera importancia o significación sociológica de estas cosas.

5 Entre todas las economías capitalistas, la de los EE. UU. es la que presenta menos elementos, vestigios, reminiscencias y factores de poder precapitalistas. Ciertamente, no podemos esperar una ausencia absoluta de tendencias imperialistas, ni siquiera dentro de los EE. UU. puesto que los inmigrantes llegaron desde Europa con sus convicciones plenamente formadas y el medio ambiente indudablemente favoreció el resurgimiento de los instintos bélicos. Pero podemos suponer que, entre todos los países, EE. UU. probablemente presenta la tendencia imperialista más débil.

Esto parece ser cierto. El caso es particularmente ilustrativo porque EE. UU. ha visto un surgimiento particularmente fuerte de intereses capitalistas en una dirección imperialista, los mismos intereses a los que se ha reducido el fenómeno del imperialismo con tanta frecuencia, tema que abordaremos más adelante. Sin embargo, los

EE. UU. fueron el primer partidario del desarme y el arbitraje. Fueron los primeros que concertaron tratados respecto de las limitaciones de armas (1817) y las cortes de arbitraje (primer intento en 1797) haciéndolo con extremo celo, dicho sea de paso, cuando el interés económico en la expansión estaba en su punto más alto. Desde 1908, se han firmado tratados de este tipo con veintidós Estados. Durante el siglo XIX, los EE. UU. tuvieron numerosas ocasiones de guerra incluyendo situaciones que habían sido bien calculadas para poner a prueba su paciencia. Pero los EE. UU. prácticamente no usaron estas ocasiones. Los círculos financieros e industriales norteamericanos más influyentes tenían y aún tienen un interés evidente en incorporar México a la Unión. Hubo reiteradas oportunidades para llevar a cabo esa anexión, sin embargo México no fue conquistado. Las consignas raciales y los intereses de la clase trabajadora señalaban a Japón como un posible peligro. Por esto la posesión de las Filipinas no fue un asunto de poca importancia, sin embargo la entrega de esta posesión está siendo discutida. Canadá era una presa casi indefensa, pero siguió siendo independiente. Naturalmente, incluso en Estados Unidos, los políticos necesitan slogans, especialmente slogans tendientes a desviar la atención de los problemas nacionales. Theodore Roosevelt y ciertos magnates de la prensa realmente recurrieron a métodos imperialistas y el resultado, en este mundo de alto capitalismo, fue una derrota total, una derrota que habría resultado incluso más abyecta si otros slogans, especialmente los que apelaban al sentimiento antimonopolios, no hubiesen tenido mayor éxito.⁶

Casi nadie discute estos hechos.⁷ Y considerando que corresponden al modelo de vida que hemos reconocido como un producto necesario del capitalismo, y que podemos comprenderlos debidamente a partir de las necesidades de esa forma de vida y de la industria, llegamos a la conclusión de que el capitalismo es por naturaleza antimperialista. Por lo tanto, no podemos derivar fácilmente de él las tendencias imperialistas existentes, sino que evidentemente debemos considerarlas sólo como elementos ajenos, llevados al mundo del capitalismo desde el exterior, apoyados por factores no capitalistas de la vida moderna. La supervivencia del interés en una política

6 Es un hecho interesante, dicho sea de paso, que mientras la política de paz ciertamente no está arraigada en las clases altas capitalistas, algunos de los más destacados exponentes de los intereses políticos de los "trusts" se encuentran entre los más entusiastas promotores del movimiento de paz.

7 Mejor dicho, la literatura imperialista y nacionalista siempre se queja en forma vociferante de la debilidad, la voluntad poco seria por buscar la paz, el mezquino espíritu comercial, etc., del mundo capitalista. Esto en sí significa muy poco, pero cabe mencionarlo como confirmación del estado de cosas que puede establecerse a partir de otras indicaciones.

de expansión por la fuerza no altera, por sí misma, estos hechos, y hay que destacarlo firmemente que ni siquiera desde el punto de vista de la interpretación económica de la historia. Pues los intereses objetivos se hacen reales y, lo que es importante, se convierten en poderosos factores políticos sólo cuando corresponden a actitudes del pueblo o de estratos suficientemente poderosos. De otra manera, no tienen ningún efecto, ni siquiera se les considera como intereses. El interés económico detrás de la conquista por la fuerza de la India descansaba en personalidades de tipo filibustero.

En la antigua Roma el interés en una política expansionista estuvo ligado a una aristocracia poderosa y ociosa, de otra manera, habría sido neutralizado por motivos políticos internos. Incluso el imperialismo puramente comercial de Venecia —suponiendo que se pudiera hablar de una cosa así, y no solamente de una política entonces necesaria que asegurara las rutas comerciales en un sentido militar—, incluso una política de esa naturaleza necesitaba tener ejemplos disponibles de una política de conquista, necesitaba de grupos mercenarios y de aventureros belicosos entre los nobili para transformarse en un verdadero imperialismo. Sin embargo, el mundo capitalista reprime tales actitudes en lugar de crearlas. Ciertamente, es probable que los intereses expansionistas que existen dentro del sistema se unan a las tendencias imperialistas provenientes de fuentes no capitalistas, las usen, las hagan servir de pretextos, las racionalicen, e indiquen el camino hacia la acción apoyándose en ellas. Y de esta unión se forma el cuadro del imperialismo moderno; pero por esa misma razón no es un asunto de factores capitalistas solamente.

Antes de analizar esto con más detalles, debemos entender la naturaleza y la fuerza del interés económico que la sociedad capitalista tiene en una política en caso del imperialismo, especialmente la cuestión de si este interés es o no inherente a la naturaleza del capitalismo, ya sea el capitalismo en general o una fase especial del capitalismo.

Está en la naturaleza de la economía capitalista —y de una economía de intercambio en general— el que mucha gente espere obtener beneficios económicos de cualquier guerra. Aquí la situación es fundamentalmente similar a la que se presenta con el conocido tema del lujo. La guerra significa una mayor demanda a altos precios producto del pánico; por lo tanto, altas utilidades y también altos salarios en muchos sectores de la economía nacional. Esto es básicamente un asunto de ingresos nominales pero generalmente (aunque en menor grado) los ingresos reales también resultan afectados. Tenemos, por ejemplo, los intereses especiales de guerra, tales como la industria de armamentos. Si la guerra dura lo suficiente, el círculo de especuladores monetarios naturalmente se expande cada vez más, totalmente aparte de una posible economía de papel moneda. Puede extenderse a todos los campos económicos, pero con la misma naturalidad el contenido de las utilidades monetarias en bienes descien-

de cada vez más, en realidad, con bastante rapidez, hasta el punto

en que se producen pérdidas reales. Naturalmente, la economía nacional como un todo se ve empobrecida por el tremendo aumento del consumo causado por la guerra. Sin duda, es posible que los capitalistas o los trabajadores puedan obtener ciertas ganancias como clase, especialmente si el volumen del capital o de la fuerza laboral disminuye de manera que el resto recibe una mayor participación del producto social y que, incluso desde un punto de vista absoluto, la suma total de interés o salarios llegue a ser mayor de lo que era antes. Pero estas ventajas no pueden ser importantes. Son probablemente, en su mayoría, superadas con creces por las cargas impuestas por la guerra y por las pérdidas que se tienen en el extranjero. De esta manera, la ganancia de los capitalistas como clase no puede ser un móvil para la guerra, y es esta ganancia la que cuenta, pues cualquiera ventaja para la clase trabajadora dependería de que un gran número de trabajadores caiga en acción o perezca de otra manera. Quedan los empresarios de las industrias bélicas, en un sentido más amplio, posiblemente también el gran terrateniente, una minoría pequeña, pero poderosa. Sus utilidades por concepto de guerra van a ser siempre y con seguridad un elemento importante de apoyo. Pero muy pocos llegan a asegurar que este elemento por sí solo es suficiente para orientar a los pueblos del mundo capitalista hacia acciones imperialistas. En el mejor de los casos, un interés en la expansión puede transformar a los capitalistas en aliados de aquellos que defienden las tendencias imperialistas.

Podemos afirmar como algo ampliamente reconocido que donde prevalece el libre comercio ninguna clase tiene interés en una expansión por la fuerza en sí. Puesto que en tal caso, los ciudadanos y los bienes de cada nación pueden moverse hacia otros países tan libremente como si éstos fueran políticamente suyos; el libre comercio implica mucho más que una mera libertad de aranceles aduaneros. En un Estado que practica efectivamente el libre comercio, las materias primas y los alimentos importados son tan accesibles a cada nación como si estuvieran dentro de su propio territorio.⁸ Cuan-

8 La obstinada influencia de los antiguos prejuicios queda demostrada por el hecho de que incluso en la actualidad la demanda por la adquisición de colonias se justifica argumentando que éstas son necesarias para satisfacer la demanda de alimentos y materias primas y para absorber las energías de una nación fuerte y en crecimiento en busca de mercados mundiales. Dado que el flujo de alimentos y materias primas desde el exterior se ve impedido tan sólo por los aranceles internos, la justificación no tiene ton ni son, ni siquiera en nuestro mundo de altos aranceles proteccionistas, especialmente dado que en caso de guerra el comercio con las colonias queda sujeto a los mismos peligros que el comercio con los países independientes. Por lo demás, el elemento de peligro de guerra circunscribe lo que se ha dicho en el texto hasta el punto que crea un interés en el control de tales países productores de alimentos y materias primas según su ubicación a fin de ofrecer un acceso seguro, incluso en tiempo de guerra. Sin embargo, en caso de libre comercio universal, el peligro de guerra

do el atraso cultural de una región hace que la relación económica normal dependa de la colonización, en un contexto de libre comercio, no importa cuál de las naciones "civilizadas" asuma la tarea de colonización. El dominio de los mares en tal caso significa poco más que una policía de tráfico marítimo. En forma similar, no tiene importancia para una nación el que uno de sus ciudadanos obtenga o no la concesión ferroviaria en otro país siempre que el ferrocarril sea construido y funcione eficientemente.

Esto se debe a que los ciudadanos de cualquier país pueden usar el ferrocarril, al igual que los compatriotas de su constructor; mientras que en caso de guerra, sevirá a quien lo controle efectivamente en el sentido militar, sin importar quién lo haya construido. Naturalmente, es cierto que las utilidades y salarios que fluyen de su construcción y operación irán, en su mayor parte, a la nación que construyó. Pero el capital y la mano de obra necesarios para el ferrocarril tienen que salir de alguna parte, y normalmente las otras naciones satisfacen esta necesidad. Es un hecho que en un régimen de libre comercio las ventajas esenciales de las relaciones internacionales son evidentes. Los beneficios están en el aumento de la oferta de bienes por medio de la división del trabajo entre las naciones y no en las utilidades y salarios de la industria exportadora y del transporte; pues estas utilidades y salarios se obtendrían incluso si no hubiera exportaciones, en cuyo caso la importación, el necesario complemento, también desaparecería. Ni siquiera los intereses monopólicos —si existiesen— se inclinarían en tal caso hacia el imperialismo. Pues dentro del libre comercio sólo serían posibles los carteles internacionales. En un sistema de libre comercio, no habría conflictos de intereses económicos entre las diferentes naciones ni entre las correspondientes clases de las diferentes naciones.⁹ Dado que el proteccionismo no es una característica esencial de la economía capitalista —de otra manera la economía nacional inglesa apenas sería capitalista— es evidente que todo interés económico de un pueblo o de una clase, en la expansión por la fuerza no es necesariamente producto del capitalismo.

No es cierto que el sistema capitalista como tal debe desintegrarse por necesidad inminente. Tampoco es cierto que dicho sistema haga necesariamente imposible la prolongación de su existencia

sería sustancialmente menor. Es en este sentido que se debe entender la afirmación relativa al dominio de los mares que aparece a continuación en el texto.

- 9 Incluso con libre comercio, existirían exportaciones de capital a los países que ofrecen las tasas más altas de interés en un momento determinado. Pero ese flujo carecería de todo carácter agresivo, tal como ocurriría con la exportación de bienes, que sería regulada por la ley de costos o, si el capital y la mano de obra fueran sólo incompletamente móviles, por la ley de costos comparativos. Toda exportación por la fuerza, ya sea de bienes o de capital, no tendría sentido.

debido a su propio crecimiento y desarrollo. La línea de razonamiento de Marx sobre este punto muestra defectos graves, y cuando éstos se corrigen, la prueba desaparece. Es un gran crédito para Hilferding que haya abandonado esta tesis de la teoría marxista.¹⁰

Sin embargo, la situación que acaba de describirse es realmente insostenible tanto desde el punto de vista político como económico. Desde la perspectiva económica es un *reductio ad absurdum*. En lo político, desencadenar una ola de indignación entre los consumidores explotados en el país y los productores amenazados en el extranjero. Así surge fácilmente la idea de la fuerza militar. El uso de la fuerza puede servir para quebrar las barreras arancelarias externas y de esta manera proporcionar un alivio al círculo vicioso de la agresión económica. Si eso no fuera posible, la conquista militar puede por lo menos asegurar el control de mercados donde hasta ahora se había tenido que competir con el enemigo. En este contexto, la conquista de territorios adquiere una significación totalmente diferente. Los países no monopolistas, especialmente los que adhieren al libre comercio, obtienen pocos beneficios de este tipo de política. Pero no ocurre lo mismo en los países que desempeñan un papel monopolístico con respecto a sus colonias. Al no existir competencia, pueden usar la mano de obra nativa barata sin que ésta suba su valor; pueden comercializar sus productos, incluso en las colonias, precios monopolísticos; pueden, finalmente, invertir capital que sólo deprimiría la tasa de utilidad en su país y que podría colocarse en otros países civilizados sólo a tasas de interés muy bajas. Pueden hacer todas estas cosas aun cuando la consecuencia sea un desarrollo colonial mucho más lento. Parecería que no pudiera existir tal interés en la expansión a expensas de otros países capitalistas avanzados —en Europa, por ejemplo— porque su industria solamente ofrecería competencia a los carteles internos. Pero a la industria del país conquistador le basta con ser superior a la del país que va a ser subyugado —superior en potencia de capital, organización, inteligencia y agresividad— para que sea posible tratar al Estado subyugado, en forma muy similar a una colonia, aunque puede hacerse necesario llegar a un arreglo con grupos individuales de intereses particularmente poderosos. Un hecho mucho más importante es que el con-

10 El capitalismo es su propia ruina, pero en un sentido distinto al insinuado por Marx. La sociedad está destinada a crecer más allá del capitalismo, pero esto ocurrirá porque los logros del capitalismo puedan hacerlo superfluo, y no porque sus contradicciones internas puedan hacer imposible su continuación. Esto no es exactamente parte de nuestro tema. Sin embargo, deseo evitar que se crea que considero al capitalismo como la fase final de la evolución social, como algo que existe por necesidad natural, que no puede explicarse en forma adecuada. Menos aún considero que sea un ideal en ningún sentido. Incidentalmente, no estoy de acuerdo con Hilferding en cuanto a anticipar que la concentración extrema va a causar una estabilización del capitalismo.

quistador puede enfrentar a la nación subyugada con aire de vencedor. Tiene incontables medios a su disposición para expropiar los recursos de materias primas y otros similares y ponerlos al servicio de sus carteles. Puede apoderarse de ellos, nacionalizarlos, imponer una venta forzada, o hacer ingresar a sus propietarios a los grupos industriales de la nación vendedora bajo condiciones que aseguren el control de los industriales del país vencedor. Puede explotarlos mediante un sistema de cuotas o asignaciones. Puede administrar los medios de comunicación conquistados en beneficio de sus propios carteles. Bajo el pretexto de seguridad militar y política, puede privar a los trabajadores extranjeros del derecho a organizarse, de forma que no sólo la mano de obra barata del territorio conquistado queda a disposición de sus carteles, sino también manteniendo una amenaza sobre la mano de obra nacional.

Así pues tenemos, dentro de un grupo social con gran peso político, un fuerte e innegable interés económico en asuntos tales como aranceles proteccionistas, carteles, precios monopólicos, exportaciones forzadas (dumping), una política económica agresiva, una política exterior agresiva en general y la guerra, incluyendo guerras de expansión con un carácter típicamente imperialista. Cuando existe esta alineación de intereses, se debe agregar un interés incluso más fuerte por una expansión que tiene motivaciones distintas, es decir, un interés en la conquista de tierras productoras de materias primas y alimentos con miras a facilitar el abastecimiento en una guerra. Un interés adicional es el del aumento en el consumo en tiempo de guerra. Un conjunto de capitalistas no organizados y en competencia entre sí puede, en el mejor de los casos, lograr un mínimo beneficio de tal eventualidad, pero el capital organizado sacará sin duda enormes ganancias. En último término, tenemos el interés político en la guerra y en la enemistad internacional que fluye de la posición insegura de los círculos dominantes. Estos son un número pequeño y altamente impopulares. La naturaleza esencial de su política es bastante conocida y la mayor parte del pueblo la encuentra antinatural y despreciable. Un ataque a todas las formas de propiedad tiene implicancias revolucionarias, pero un ataque a la posición privilegiada de los magnates del cartel puede ofrecer recompensas políticas, implicando un riesgo comparativamente menor y amenazas mínimas al orden existente.

Bajo ciertas circunstancias puede servir para unir a todos los partidos políticos. La existencia de este tipo de peligro exige tácticas de distracción. Sin embargo, en una presentación de este aspecto de la vida económica moderna la última palabra debe ser de advertencia contra toda exageración. Los conflictos que se han descrito, originados en un capitalismo monopólico dependiente de las exportaciones, pueden servir para ocultar la verdadera comunidad de intereses entre las naciones; la prensa monopólica puede ocultarla, pero bajo la superficie nunca desaparece completamente. En lo profundo, el sentido normal del comercio y el intercambio en ge-

neral prevalecen. Incluso los carteles no pueden subsistir sin la clientela de sus similares económicos en el extranjero. Incluso las economías nacionales caracterizadas por los monopolios de exportación dependen en muchos aspectos unas de otras. Y sus intereses no siempre están en conflicto en la producción para terceros mercados. Incluso cuando se destacan los intereses en conflicto, los intereses paralelos no están del todo ausentes. Además, si se quiere llevar una política monopólica de exportación a los extremos de la expansión por la fuerza, es necesario atraer a todos los segmentos de la población, por lo menos para que estén relativamente preparados para la guerra; pero el verdadero interés en el sistema monopólico exportador como tal, se limita a los empresarios y a sus aliados, los círculos de las altas finanzas. Ni siquiera la propaganda más hábil puede impedir que los comerciantes independientes, los pequeños productores no protegidos por el cartel, los "meros" capitalistas y los trabajadores se den ocasionalmente cuenta de que son las víctimas de tal política.

Esto es bastante claro en el caso de los comerciantes y los pequeños productores. No resulta tan evidente en el caso de los capitalistas, debido a la posibilidad de efectuar un "dumping" de capital para elevar la tasa de interés interna. Sin embargo, el alto costo de tal política y la restricción de la competencia de los empresarios por el capital nacional impiden esta posibilidad. Finalmente, es de suma importancia comprender que el sistema de monopolio exportador perjudica más claramente a los trabajadores que a los capitalistas. No puede efectuarse un "dumping" de mano de obra, y el empleo en el exterior o en las colonias no es ni siquiera un sustituto cuantitativo. Curiosamente, este daño a la clase trabajadora es tema de controversia. Incluso la doctrina neomarxista —y no solamente aquellos ensayistas adecuadamente caracterizados como "marxistas vulgares", semejantes en todo sentido a sus iguales de otras ideologías— tiende a admitir que los trabajadores reciben beneficios temporales del sistema de monopolio exportador,¹¹ limitando la po-

11 Las razones pueden en parte estar en el hecho de que el socialismo ortodoxo siempre ha tendido a considerar el problema de los aranceles proteccionistas versus el libre comercio como algo que atañe esencialmente sólo a la burguesía, algo casi indigno de la atención de los socialistas, que debe alejarse a los polemistas literarios que están acostumbrados a comprometerse con el orden existente. Tácticamente esta actitud apenas puede mantenerse por más tiempo en la actualidad, como tampoco se mantiene con respecto al monopolio exportador. Sin embargo, era tácticamente comprensible en la época de Marx, pues cualquier otra posición lo habría obligado a admitir una comunidad de intereses entre el proletariado y la burguesía contemporánea; en Inglaterra, un interés por el libre comercio, en Alemania, un interés por un "arancel educacional", que él y Engels reconocían. Sin embargo, esta posición efectivamente perjudicó la comprensión teórica. Fue uno de los elementos de la evaluación incorrecta de los efectos del sistema de libre competencia: especialmente de lo

lémica en su contra a comprobar que los efectos últimos —económicos y especialmente políticos— son dudosos y que incluso los beneficios temporales se obtienen mediante un daño a los trabajadores extranjeros, lo que se opone al espíritu del socialismo. Aquí se aprecia un error. Aparentemente se supone que la producción para la exportación —y la expansión capitalista monopólica también ya que fomenta tal producción— aumenta la demanda de mano de obra y de esta manera eleva los salarios. Supongamos que aceptamos como correctas estas premisas implícitas en el argumento: que el aumento en la demanda superará cualquier disminución de empleo de mano de obra derivada de los métodos de producción monopólicos que economizan trabajo, y que también dicho aumento superará la desventaja que se produce por el hecho de que los trabajadores deben enfrentarse en esas circunstancias con una sola parte, y no con muchos empresarios en una sola industria, lo que en el mercado laboral local, por lo menos, puede emprender políticas monopólicas con respecto a ellos, tanto en su calidad de trabajadores como de consumidores. Incluso si aceptamos estas premisas —que me parecen dudosas— la balanza no queda ni siquiera temporalmente a favor de los trabajadores. Ya hemos señalado que el interés de los trabajadores en la exportación, incluso cuando prevalece el libre comercio, es esencialmente un interés de consumidor; es decir, se basa en el hecho de que las exportaciones hacen posible las importaciones. Pero como productor, el trabajador, por lo general, no tendrá una peor situación sin exportaciones, puesto que la falta de exportaciones también debe eliminar las importaciones. Además, los trabajadores no tienen interés en las exportaciones que pueden resultar de una política de este tipo —en otras palabras, de los productos que de otra manera no serían exportados. Pues si no fuera posible efectuar "dumping" de esta producción, de ninguna forma quedaría sin ser producida. Por el contrario, la mayoría de estos productos, por no decir todos, serían ofrecidos dentro del país, proporcionando en general las mismas oportunidades de empleo para los trabajadores y abaratando, además, el consumo. Si eso no es posible —es decir, si la utilidad de la mayor oferta en el país, junto con la utilidad de la menor oferta en el extranjero, no cubre los costos totales incluyendo intereses— entonces la industria en cuestión se extiende más allá de

que Marx denominó la "anarquía de producción", pero además del estímulo suicida de la utilidad y finalmente, del movimiento hacia la concentración. Lo que estaba indirectamente en juego era todo el concepto subyacente a la teoría del subconsumo, del empobrecimiento y del colapso. La adhesión a estos puntos de vista, considerados como esenciales por el "socialismo científico", ha llevado a una evaluación exageradamente favorable del monopolio exportador que se supone trajo el "orden" a la "anarquía". Véase el excelente estudio de Lederer: "Von der Wissenschaft zur Utopie", *Archiv für die geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung*. Vol. VII

los límites económicamente justificables, y es en interés de todos los factores productivos involucrados, exceptuando sólo a los magnates del cartel, que el capital y la mano de obra se desplacen a otras industrias, algo que es necesario y siempre posible. Este conjunto de intereses no se ve alterado por la circunstancia de que el sistema de monopolio exportador con frecuencia puede y está dispuesto a hacer cosas por sus trabajadores en la esfera del bienestar social, permitiéndoles de esta manera tener participación en sus ganancias.¹² Pues lo que hace esto posible, después de todo, no es más que la explotación del consumidor. Si podemos hablar del empobrecimiento de los trabajadores en cualquier parte del mundo capitalista, entonces aquí es evidente una tendencia a dicho empobrecimiento, por lo menos en un sentido relativo, aunque en realidad esa tendencia ha disminuido desde comienzos de siglo. Si es cierto que no existen indicios de un paralelismo entre los intereses económicos de los empresarios y los trabajadores, sino únicamente un agudo conflicto económico —y generalmente son una exageración tales afirmaciones— entonces eso es lo que ocurre aquí. Chamberlain tenía toda la razón al apelar al sentimiento nacional, al burlarse de los cálculos insignificantes de las ventajas inmediatas, y al desafiar a los trabajadores: "¡Learn to think imperially!" " ¡Aprendan a pensar en forma imperialista!". Pues el trabajador inglés sabía lo que hacía, a pesar de los titulares a toda plana en las primeras páginas de la prensa sensacionalista: "Tariff Reform Means Work for All" ("La reforma arancelaria significa trabajo para todos"), etc.

El hecho de que el balance de la exportación monopólica no sea de ninguna manera un éxito arrollador, ni siquiera para los empresarios, ha sido disimulado únicamente por un auge que no se originó propiamente en tal fenómeno en sí. La esperanza de un futuro de dominio, que sucederá a las luchas del presente, no es más que un pobre consuelo para las pérdidas en esa lucha. Si dicha política se generalizara, las pérdidas —reconocidas o no— de cada nación se-

- 12 Un imperialismo en el que los empresarios y otros elementos procuran ganarse el apoyo de los trabajadores mediante concesiones de bienestar social que parecen depender del éxito del monopolio para la exportación puede llamarse "imperialismo social", un término apropiado para la situación real, pero que ciertamente no implica imperialismo de parte de la clase trabajadora. El imperialismo social en el sentido de un imperialismo arraigado en la clase trabajadora no existe, aunque la propaganda pueda naturalmente lograr enardecer tal disposición de ánimo en esa clase tanto local como temporalmente. No tiene sentido una política imperialista orientada hacia los intereses de la clase trabajadora; un imperialismo social en el sentido de intereses imperialistas de parte de los trabajadores, intereses a los cuales debería corresponder una actitud imperialista, si únicamente los trabajadores lo entendieran correctamente. Un imperialismo popular es actualmente imposible.

rían aun mayores, y las ganancias aun menores. Y si los monopolios exportadores no han tenido muy buen resultado, las industrias no monopólicas de Inglaterra casi no han sufrido por las políticas de "dumping" seguidas por otras naciones. La industria británica del acero puede haber sufrido (aunque de ninguna manera estuvo en peligro grave), pero en cambio todas las otras industrias inglesas en realidad disfrutaron, a expensas de los extranjeros que practicaban el "dumping", de un premio a la producción en forma de precios anormalmente bajos para el hierro y los productos ferrosos. Es posible que la industria del azúcar haya sido incapaz de mantenerse por sí sola en Inglaterra, pero en cambio las industrias que utilizan el azúcar se desarrollaron en ese país como en ninguna otra parte. Además, para aquellos empresarios que nunca lograron obtener posiciones influyentes en los carteles, el goce de un retorno seguro, con frecuencia, no es más que un pobre sustituto de las oportunidades de crecimiento desperdiciadas. Así podemos comprender el hecho de que incluso en los círculos empresariales hubo insatisfacción respecto de tal política, y mientras un grupo abrigaba la idea de expansión por la fuerza como último recurso, otro grupo fue adoptando una actitud de oposición. Entonces, en todos los países proteccionistas, durante los últimos veinte años, ha existido una legislación antidumping, básicamente como un instrumento de política arancelaria. Es verdad que esta legislación está dirigida principalmente contra el "dumping" extranjero y no contra el "dumping" de la industria nacional, y de este modo se transforma en una nueva arma en manos de los intereses monopólicos. Pero también es cierto que su base política se encuentra en parte en los círculos y en las actitudes que se oponen por principio a la agresión exportadora y, por esta razón, desean impedir que dicha política se aplique a la empresa nacional. Debemos reconocer que tal oposición a menudo adolece de técnicas inadecuadas y de la influencia de slogans profanos. Pero dada una evolución pacífica, puede suponerse que la oposición se volvería poco a poco directamente en contra del "dumping" de los carteles nacionales.

Este movimiento contrario al monopolio exportador, dentro del capitalismo y no opuesto a él, no tendría mucho significado si fuera únicamente la lucha política a muerte de un orden económico moribundo que está dando paso a una nueva fase de desarrollo. Si el cartel con su agresiva política exportadora enfrentara a la industria fabril no organizada en cartel, tal como ésta una vez enfrentó a la industria artesanal, entonces incluso la oposición más enérgica difícilmente cambiaría el resultado final y el significado fundamental del proceso. Pero no podemos afirmar con suficiente precisión que éste no sea el caso. El monopolio exportador no surge de las leyes inherentes al desarrollo capitalista. La naturaleza del capitalismo conduce a la producción en gran escala pero, con pocas excepciones, la producción en gran escala no conduce al tipo de concentración ilimitada que dejaría únicamente una o sólo unas po-

cas empresas en cada sector industrial. Por el contrario, cualquier fábrica encuentra límites a su crecimiento en un determinado lugar, y el aumento de combinaciones que serían lógicas bajo un sistema de libre comercio tropieza con límites de eficiencia organizacional. Fuera de estos límites, no existe tendencia hacia la combinación que sea inherente al sistema competitivo. En particular, el surgimiento de los "trusts" y carteles —un fenómeno totalmente diferente a la tendencia a la producción en gran escala con la cual a menudo se confunde— jamás puede ser explicado por el carácter automático del sistema competitivo. Esto se desprende del hecho mismo de que los "trusts" y los carteles pueden alcanzar su propósito principal: seguir una política monopólica únicamente con aranceles proteccionistas, sin los cuales perderían su significado esencial. Pero los aranceles proteccionistas no surgen automáticamente del sistema competitivo. Son el resultado de la acción política, un tipo de acción que de ninguna manera refleja los intereses objetivos de todos los involucrados, pero que, por el contrario, se vuelve imposible cuando la mayoría de quienes tienen que aprobarla se dan cuenta de los verdaderos intereses que la motivan. Hasta cierto punto es evidente, y por lo demás luego se demostrará, que los intereses de la minoría expresados correctamente en favor de un arancel proteccionista no se derivan de la esencia del capitalismo. Llegamos a la conclusión, entonces, de que es una falacia elemental el describir al imperialismo como una fase necesaria del capitalismo, e incluso hablar del desarrollo del capitalismo dentro del imperialismo. Hemos visto que el modo de vida del mundo capitalista no favorece actitudes imperialistas. Ahora observamos que la alineación de intereses en una economía capitalista —incluso los intereses de sus estratos superiores— de ninguna manera apuntan claramente en dirección al imperialismo. Llegamos ahora a la etapa final de nuestra línea de razonamiento.

El nacionalismo y el militarismo actuales, fenómenos muy cercanos a nuestro tema, proporcionan dos buenos ejemplos de esta significativa dicotomía en la mente burguesa, la que en parte explica su lamentable debilidad en la política, la cultura y la vida en general, le hace merecer el comprensible desprecio de la izquierda y la derecha, y comprueba la exactitud de nuestro diagnóstico. El nacionalismo es la conciencia afirmativa del carácter nacional, junto con un sentido agresivo de superioridad. Surgió del Estado autocrático. En los conservadores, el nacionalismo en general es comprensible como una orientación heredada, como una mutación de los instintos de batalla de los caballeros medievales y finalmente como un pretexto político en la escena nacional. Los conservadores acostumbran reprochar al burgués su falta de nacionalismo, el que, desde su punto de vista, tiene un sentido positivo. Los socialistas, por otra parte, de forma igualmente comprensible, excluyen al nacionalismo de su ideología general, debido a los intereses esenciales del proletariado y en virtud de su oposición nacional al pretexto de los con-

servadores. Los socialistas, a su vez, no sólo reprochan a la burguesía un exceso de nacionalismo (que naturalmente evalúan en sentido negativo, sino que en realidad identifican el nacionalismo e incluso la idea misma de nación con la ideología burguesa. Curiosamente, ambos grupos tienen razón en sus críticas a la burguesía. Puesto que, como ya hemos visto, el modo de vida que fluye lógicamente de la naturaleza del capitalismo necesariamente implica una orientación antinacionalista en política y cultura. Efectivamente, esta orientación prevalece. Encontramos una gran cantidad de miembros antinacionalistas de la clase media, e incluso un mayor número que sólo repite los lemas del nacionalismo. En realidad, en el mundo capitalista no son en absoluto los sectores de las altas finanzas ni de la industria los portadores de las tendencias nacionalistas, sino que el intelectual. Determinados intereses de clase no explican el contenido de su ideología, sino que están implícitos en una emoción fortuita y un interés individual. Pero la sumisión de la burguesía a los poderes de la autocracia, su alianza con ellos, la imitación de sus patrones económicos y psicológicos tiende a empujar al burgués en dirección nacionalista; lo que también prevalece según observamos especialmente entre los principales exponentes del sistema de monopolio exportador. La relación entre la burguesía y el militarismo es bastante similar. El militarismo no es un resultado inevitable del hecho que una nación mantenga un ejército numeroso; esto sucede solamente cuando los altos círculos militares se transforman en un poder político. La norma es que los generales más importantes, como tales ejercen influencia política y que los gobernantes responsables pueden actuar únicamente con su consentimiento. Lo anterior es posible sólo cuando el cuerpo de oficiales está vinculado a una clase social definida, como el caso de Japón, y puede integrar a su posición a individuos que no pertenecen a ella por nacimiento. El militarismo también está arraigado en el Estado autocrático. Y una vez más, ambas partes hacen los mismos reproches al burgués, y con bastante propiedad también. Según el modo de vida capitalista "puro", el burgués es pacífico. La alineación de los intereses capitalistas debería hacerle rechazar totalmente los métodos militares, ponerlo en contra del soldado profesional. En forma significativa apreciamos esto en el ejemplo de Inglaterra donde, en primer lugar, se presentó una lucha contra un ejército permanente, y más tarde la oposición a su organización inspiró a los políticos burgueses su slogan más popular: "retrenchment" (economía). Incluso hubo resistencia a la asignación de recursos a la Armada. Se pueden observar tendencias similares en otros países, aunque su desarrollo ha sido menor. Sin embargo, el burgués continental estaba acostumbrado a las tropas. Consideraba al ejército casi como un componente necesario del orden social desde que había sido su riguroso guardián en la Guerra de los Treinta Años. No tenía poder alguno para abolir al ejército. Podría haberlo hecho si hubiese tenido el poder, pero, impotente, consideraba que el ejército podría serle útil. En su situa-

ción económica "artificial" y debido a su sometimiento al soberano, fue así adoptando una disposición hacia el militarismo, especialmente allí donde florecía el sistema de monopolio exportador. Los intelectuales, muchos de los cuales aún mantenían relaciones especiales con los elementos feudales, tenían incluso una mejor disposición en este sentido.¹³

Tal como una vez encontramos una dicotomía en la pirámide social, ahora hallamos en todas partes, en cada aspecto de la burguesía del mundo moderno, una dicotomía de actitudes e intereses. Nuestros ejemplos también muestran de qué forma estos dos componentes actúan juntos. El nacionalismo y el militarismo, aun cuando no sean criaturas del capitalismo, se "capitalizan" y finalmente obtienen sus mejores energías del capitalismo. El capitalismo los incorpora a su funcionamiento y así los mantiene vivos, tanto política como económicamente. Y ellos, a su vez, influyen en el capitalismo, hacen que se desvíe del curso que podría haber seguido en forma natural y apoyan muchos de sus intereses.

Observamos aquí que hemos penetrado en los orígenes históricos y sociológicos del imperialismo moderno. Este no coincide con el nacionalismo ni con el militarismo, aunque se fusiona con ellos apoyándolos al igual como éstos lo apoyan. También es —no sólo histórica sino que sociológicamente— una herencia del Estado autocrático, de sus elementos estructurales, sus formas organizacionales, alineaciones de intereses y actitudes humanas, el resultado de las fuerzas precapitalistas que el Estado autocrático ha reorganizado en parte mediante los métodos del capitalismo primitivo. Jamás se habría desarrollado mediante la "lógica interna" del capitalismo mismo. Esto es cierto incluso para el mero monopolio de exportación. Este también tiene sus orígenes en la política absolutista y los hábitos de acción de un ambiente esencialmente precapitalista. El hecho de que haya podido desarrollarse hasta su dimensión actual se debe al impulso de una situación producida en una oportunidad la que siguió engendrando siempre nuevas estructuras económicas "artificiales", es decir, aquellas que se mantienen sólo por el poder político. En la mayoría de los países partidarios del monopolio exportador, también se debe al hecho de que se mantuvieron vigorosos el antiguo Estado autocrático y la antigua actitud de la burguesía hacia éste. Pero el hecho de que el monopolio exportador avance un paso más, aún no constituye imperialismo. E incluso si hubiese podido surgir sin aranceles proteccionistas, jamás se habría transformado en

13 Metodológicamente resulta interesante observar aquí que, aunque el nacionalismo y el militarismo no son "reflejos" de la alineación capitalista de intereses, tampoco surgieron en su forma actual cuando se originaron. Sin embargo, no escapan necesariamente de la mira de la interpretación económica de la historia. Son las formas asumidas en el ambiente del mundo moderno por los hábitos de la emoción y de la acción que surgieron originalmente bajo condiciones primitivas.

imperialismo en manos de una burguesía pacífica. Si esto ocurrió, efectivamente sólo se debió a que la herencia incluía la maquinaria de guerra, junto con su aura sociopsicológica y su tendencia agresiva, y también a que una clase orientada hacia la guerra se mantuvo en una posición dominante. Esta clase se aferró a su interés nacional en la guerra, al que también pudieron unirse los intereses pro-militares de la burguesía. Esta alianza mantuvo vigentes los instintos de guerra y las ideas de dominio absoluto, la supremacía masculina y la gloria triunfante, ideas que de otra manera habrían desaparecido hace mucho tiempo. Condujo a condiciones sociales que, si bien en último término se derivan de las condiciones de producción, no pueden ser explicadas por los métodos de producción capitalista por sí solos. Y a menudo, deja su huella en la política contemporánea, amenazando a Europa con un peligro constante de guerra.

Este diagnóstico lleva implícito el pronóstico de un imperialismo. Los elementos precapitalistas en nuestra vida social aún pueden tener gran vitalidad; las circunstancias especiales de la vida nacional pueden revivirlos ocasionalmente; pero, al final, el ambiente del mundo moderno debe destruirlos. Esto es tanto más cierto puesto que su base en el mundo capitalista moderno no es sólida. Cualquiera sea la opinión que se tenga respecto de la vitalidad del capitalismo, cualquiera sea la expectativa de vida prevista, está destinado a resistir los ataques de sus enemigos y su propia irracionalidad mucho más tiempo que el monopolio para la exportación que es por esencia insostenible, insostenible incluso desde el punto de vista capitalista. El sistema de monopolio exportador puede perecer en una revolución, o puede ser abandonado en forma pacífica, en el corto plazo, o tardar algún tiempo y requerir una lucha violenta; pero una cosa sí es segura: esto sucederá. No va a terminar inmediatamente con los instintos bélicos ni con los elementos estructurales como tampoco con las formas de organización orientadas hacia la guerra —y es a sus disposiciones e intereses que, en mi opinión, se les debe dar mucho más importancia en cada caso concreto de imperialismo y no a los intereses monopólicos, que proporcionan las "escaramuzas de avanzada" financieras (un término apropiadísimo) en muchas guerras. Pero estos factores serán superados políticamente con el tiempo, sin importar lo que hagan para mantener entre la gente una sensación de peligro de guerra constante, con la maquinaria bélica siempre lista para la acción. Y con ellos, el imperialismo se marchitará o morirá.

No está dentro del ámbito de este estudio el ofrecer una evaluación ética, estética, cultural ni política de este proceso. Desde el punto de vista de este estudio, es de total indiferencia si sana las heridas o extingue los pecados. No es la preocupación de la ciencia el juzgar aquéllo. Aquí se trataba únicamente de demostrar, por medio de un ejemplo importante, la antigua verdad de que los muertos siempre rigen a los vivos.